



## 18. Precursores de la liberación de la mujer árabe

La parte oriental del mundo árabe es el lugar en el que florecieron las civilizaciones más antiguas de la historia: la egipcia, la babilónica y la mesopotámica. De estas civilizaciones, y particularmente de la del antiguo Egipto, surgió una corriente cultural que se transmitió a Europa occidental constituyéndose en una fuente de inspiración y conocimientos para algunos hombres y mujeres occidentales. Con ella dieron un paso más en el posterior desarrollo de las artes, las ciencias y los descubrimientos humanos en general. Por su parte, los árabes fueron los precursores de enormes e importantes cambios que, tras el establecimiento del imperio islámico, hicieron llegar a puntos tan distantes como España, por el Oeste e Indonesia, por el Este. Sin embargo, a pesar de la importancia de sus contribuciones al desarrollo de la humanidad, se sigue clasificando a los países y pueblos árabes como países atrasados o subdesarrollados, y se les agrupa, junto con la mayor parte de la población de la Tierra, en el llamado "Tercer Mundo".

Cuando las fuerzas del imperialismo, en sucesivas oleadas, comenzaron su penetración por el valle del Nilo y los países árabes, robaron buena parte de sus tesoros artísticos y riquezas culturales. Los países occidentales eran conscientes de que si ocultaban las verdades de los hechos históricos podrían distorsionar y falsificar fácilmente las contribuciones que los grandes pensadores y sabios árabes habían hecho al progreso humano cuando establecieron las bases del desarrollo de las ciencias y las artes. Por esta razón las contribuciones de hombres como Ibn Sina (Avicena) o Ibn Jaldún se siguen desconociendo, no sólo en Occidente, sino también en Oriente.

En la actualidad, los países árabes son un campo de batalla en el que el neocolonialismo libra una guerra económica, política, social y cultural sin tregua ni cuartel, y en la que utiliza todas las fuerzas que tiene a su disposición. Los recursos y las riquezas naturales de estos países siguen siendo propiedad de las fuerzas imperialistas, y son las grandes corporaciones multinacionales las que explotan sus tierras y extraen todas sus riquezas. La vida de la gran mayoría de la población no ha cambiado mucho: continúan viviendo en la pobreza, sufren enfermedades y se ven sumidas en la ignorancia. Contemplan cómo, poco a poco, se van agotando los recursos naturales y riquezas de su tierra, de la tierra en la que han vivido durante generaciones y generaciones. Así mismo, son testigos de cómo esta riqueza se acumula, cada vez en mayores cantidades, en manos de una pequeña minoría que tiene el poder económico en América y Europa, y de un escaso grupo de dirigentes árabes.

Los pueblos árabes, sus hombres y mujeres, se siguen oponiendo a las fuerzas que les niegan el derecho a tener una existencia humana y pacífica. Una y otra vez se han rebelado contra dirigentes reaccionarios y han luchado para expulsar a los invasores extranjeros, ya vinieran de Persia, Turquía, Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos.

Por la posición estratégica que ocupa, por su numerosa población y por una historia de resistencia contra el colonialismo e imperialismo, Egipto, a pesar del tiempo transcurrido, ha seguido siendo el corazón del mundo árabe. Ha desempeñado el papel de vanguardia revolucionaria en la lucha política de los países árabes, y también ha sido un centro cultural de primera orden.

Durante el siglo XIX, Egipto y el mundo árabe atravesaron un período difícil. Las condiciones de vida del pueblo se deterioraron con rapidez. Los dirigentes del país, en estrecha cooperación con los gobiernos imperialistas británicos y franceses, impusieron a la población grandes restricciones económicas, políticas y culturales. Y, como siempre, a las mujeres les tocó la peor parte, ya que tenían que soportar la opresión del sistema patriarcal y del sistema autocrático de clases.

No obstante, durante la segunda mitad del siglo XIX, fue creciendo la resistencia popular a la dominación extranjera y local, aunque en algunos periodos concretos ésta no fuera particularmente intensa. Fue también ésa una época de renacimiento del pensamiento, la filosofía y las ideologías políticas. Yamal al-Din al-Afgani fue uno de los precursores de este renacimiento que, junto a un grupo de discípulos suyos, desempeñó un papel primordial en la propagación y defensa de ciertas ideas progresistas relativas a diferentes aspectos de la vida social. Uno de sus discípulos, Ahmed Faris al-Shidyac, publicó, en 1855, un libro titulado *Las piernas cruzadas*, que se considera una de las primeras publicaciones en apoyo de la emancipación de la mujer. Otro pensador de primera fila, Rifa'a Rafi'i al-Tahtawi, insistió en la necesidad de que las mujeres recibieran una educación y se liberaran de las numerosas injusticias a las que estaban sometidas. Sus libros, *Guía para la educación de niñas y niños*, publicado en 1872, y *Ensayos generales sobre París*, publicado en 1902, son considerados dos hitos en la historia de la liberación de la mujer.

Todos estos teóricos realizaron una amplia campaña en favor de los movimientos populares árabes contra el imperialismo y exhortaron al pueblo árabe a luchar sin tregua contra todo lo que se opusiera a su independencia y libertad. Sus análisis de la realidad y su actitud patriótica les hicieron llegar a la conclusión de que la causa de la emancipación femenina era uno de los frentes más importantes en los que había que actuar para combatir el subdesarrollo, el colonialismo extranjero y las fuerzas reaccionarias internas.

Entre los líderes más destacados de este despertar intelectual y cultural cabe mencionar a Abdallah Nadim y El sheij Muhammad 'Abdu. Ambos habían contribuido sustancialmente al desarrollo y la difusión de las ideas progresistas en Egipto y los países árabes. El sheij Muhammad 'Abdu en numerosas ocasiones criticó la situación de las mujeres y atacó con dureza la poligamia y el divorcio indiscriminado, derechos ambos que eran patrimonio exclusivo de los hombres. También abogó por la abolición del concubinato y de la esclavitud femenina, y defendió la igualdad entre mujeres y hombres, señalando que estaba en plena consonancia con los valores islámicos.

Las autoridades religiosas y otros pensadores de la época le atacaron con dureza por sus ideas. A pesar de ello no se retractó y continuó difundiendo sus ideas. Afirmó que una de las principales causas por las que los pueblos árabes habían llegado a la situación de debilidad y pasividad en la que se encontraban era precisamente la situación marginal de sus mujeres, quienes no habían tenido acceso a ningún tipo de conocimiento, en abierta contradicción con lo que tanto la vida como los preceptos religiosos exigían. Se las había mantenido aisladas y se había levantado a su alrededor un muro casi

infranqueable. En uno de sus discursos en la Asociación Islámica de Caridad dijo: "Deseamos que nuestras hijas tengan una educación. Alá, el Todopoderoso, ha dicho: 'Tienen derecho a recibir los mismos bienes que nosotros esperamos de ellas'. En muchas azoras se repite esta misma idea y se deja claro que tanto los hombres como las mujeres deben compartir los deberes de la vida y de la religión. Dejar que nuestras hijas sigan siendo ignorantes y sigan dedicándose a realizar labores intrascendentes constituye un auténtico delito".<sup>1</sup>

Una de las obras más destacadas sobre el tema de la emancipación de la mujer fue *Tahrir al-mar'a* (La liberación de la mujer), de Qassim Amin, publicada en 1900. En 1911, publicó un segundo libro titulado *Al-mar'a al-yadida* (La nueva mujer). Qassim Amin insistía en la importancia de que la mujer recibiera una educación con la que pudiera proteger los intereses de la familia y educar mejor a sus hijos. Basaba todas sus opiniones en las enseñanzas del islam, observaba con rigor todos sus preceptos, y nunca llegó a transgredirlos, a pesar de lo cual, se convirtió en el blanco de las acusaciones más violentas por parte de las autoridades religiosas y los filósofos de la Universidad al-Azhar. Estos grupos tenían un gran peso específico en la sociedad y apoyaban al Jedive Ismail, gobernador que estuvo implicado en la explotación salvaje del pueblo egipcio y que apoyó la tiranía de los poderes coloniales. El propio Jedive desaprobó y criticó las ideas de Qassim Amin, y la mayoría de los políticos de la época, incluyendo al líder nacionalista Mustafa Kamal, lo hizo blanco de sus críticas. Este último escribió un artículo en el periódico *Al-Liwa* en 1901 en el que refutaba las ideas de Qassim Amin sobre la emancipación de la mujer. A pesar de adoptar una actitud aparentemente patriótica, *Al-Liwa* solía ser portavoz de los líderes y pensadores más reaccionarios y dogmáticos. En este mismo periodo, Abdel Hamid Jayri publicó su obra *Argumentos* en respuesta a Qassim Amin, en la que se oponía con determinación a la liberación de la mujer. Otro escritor, Ahmed al-Bulaki, publicó un tratado titulado *Manual en clave de humor sobre los peligros de la liberación de la mujer*.

Ahmed Lutfi al-Sayyid y sus colaboradores fueron los que expresaron las ideas más progresistas de su generación en el periódico *Al-Yarida*. Sayyid apoyó con firmeza la campaña en favor de las mujeres, y se le unieron en esta empresa Waley al-Din Yakan, Sa'ad Zaglul (que más adelante, tras la Primera Guerra Mundial, sería un líder nacionalista egipcio), Muhammad Hussein Haykal, Taha Hussein, Salama Musa<sup>2</sup>, Mustafa Fahmi, Faray Antun, Ahmed al-Zayat y Mustafa al-Manfaluti. Los periódicos *Al-Manar* (El Faro), publicado por Rashid Ali Rida', *Al-Moktataf* y *Al-Hilala* fueron una tribuna abierta desde la que muchas voces defendieron las ideas en favor de la liberación de la mujer.

Las mujeres árabes, desde el primer momento, participaron en la lucha por su emancipación. Entre las precursoras podemos citar a Aixa al-Taymuriya, que escribió obras narrativas y poemas en árabe, turco y persa; Zaynab Fawaz, bastante reputada por su poesía y elocuencia; y Malak Hafni Nassif, que era conocida con el sobrenombre de *Bahizat al-Badia* ("la buscadora del desierto") (1886-1918). Esta última utilizó sus artículos para defender los derechos de la mujer. Aunque coetánea de Qassim Amin, y considerada por éste una gran defensora de la liberación de la mujer, en general, se piensa que sus obras están más en la línea reformista de Rifa'a al-Tahtawi.<sup>3</sup> Malak Hafni Nassif fue otra escritora de gran talento. Lutfi al-Sayyid describió sus obras como un ejemplo palpable de lo que las mujeres literadas pueden llegar a hacer, superando en muchos casos a sus propios compañeros<sup>4</sup> Luchó infatigablemente porque las niñas tuvieran derecho a la educación.

Otra de las primeras mujeres escritoras que defendió ese tipo de ideas fue May Ziada. A pesar de la estricta y reaccionaria ortodoxia que dominaba en esa época la sociedad egipcia, estableció un salón literario en El Cairo durante los años 1915 y 1916. Muchos pensadores árabes y egipcios, hombres de letras y escritores, solían asistir a las tertulias literarias que organizaba los martes. En aquel entonces sólo tenía veinte años, a pesar de lo cual su madurez intelectual y su brillantez innata bastaban para reunir en torno a su mesa a la vieja y venerable generación de pensadores y escritores egipcios.

May Ziada vivió en Egipto, aunque su madre era palestina y su padre libanés. La procedencia de su familia y su juventud fueron dos obstáculos que no le impidieron destacar en los círculos literarios egipcios. Gracias a su personalidad, en un momento en el que muchas mujeres de su mismo nivel social todavía tenían que ocultarse tras el velo, ella se mezclaba y hablaba libremente con los hombres e intercambiaba correspondencia con ellos.

Su vida terminó de forma trágica y fue un ejemplo de la crueldad, la soledad y los problemas que esperan a toda mujer sensible y con talento, que vive en una sociedad dominada por los hombres, en la que las mujeres no son más que receptáculos de embriones o cuerpos para el placer. Sufrió varias crisis emocionales como resultado de su amor por 'Abbas Mahmud al-Aqqad, el escritor egipcio al que nos hemos referido anteriormente. El fracaso de su relación fue debido, en gran medida, a la actitud retrógrada, compleja y ambigua que él mantenía hacia las mujeres y que la afectó profundamente. Cuando rompieron sus relaciones, se sumió en una terrible soledad, a pesar de que muchos hombres la cortejaban, pero ella buscaba un hombre que la entendiera como ser humano, como persona inteligente y sensible, que no la concibiera simplemente como un cuerpo que se desea y se utiliza. Nunca lo encontró.

Nadie comprendió su tragedia, su tristeza y la razón de su retiro en soledad. Sus padres y toda su familia la acusaron de estar loca e insistieron en que ingresara en el Hospital Asfunia para enfermos mentales, en Líbano. Cuando cruzó el umbral de la puerta, miró a su alrededor y dijo: "¿No han encontrado una cárcel más digna para mí?"<sup>5</sup> Suplicó a las autoridades del hospital que la dejaran marcharse e hizo sucesivas huelgas de hambre. Así transcurrió su vida durante unos meses hasta que se nombró a una comisión de eminentes doctores para que la examinara. El informe lo firmaba el dr. Martin, un médico francés, y en él se afirmaba categóricamente que la paciente no padecía enfermedad alguna, ni física ni psíquica. A pesar de tal dictamen, las autoridades del hospital siguieron negándose a dejarla salir con el pretexto de que su salud todavía necesitaba ciertos cuidados.<sup>6</sup>

May Ziada terminó sus días en un pequeño piso de El Cairo donde murió siendo todavía muy joven, sin nadie a su lado, abandonada e incomprendida. Nos dejó sus escritos, poemas, pinturas y las conferencias que dio en Egipto y Líbano sobre literatura y emancipación de la mujer. Un talento excepcional y una artista superdotada, cuyo genio recibió como recompensa la soledad y las acusaciones de loca e histérica.

En las sociedades agrícolas, como es el caso de Egipto, desde siempre las mujeres han trabajado duro al lado de los hombres, porque la economía y la producción del país no se pueden desarrollar más que con el sudor de campesinos y campesinas. Si las mujeres del campo no abandonarían todos los días sus hogares antes del amanecer para ir a trabajar, los hombres que se oponen a la emancipación de la mujer no tendrían que desayunar. A pesar de esto, todavía quedan muchos hombres que no admiten que sus mujeres salgan a trabajar o reciban una educación, argumentando que si lo hicieran perderían su feminidad y, probablemente, su castidad y honor también.

Siempre que se suscita el tema del trabajo de las mujeres fuera de la casa, salen a relucir este tipo de argumentos, porque la sociedad patriarcal y de clases sólo puede admitirlo si cree poder explotarlas más todavía; dado que, en la mayoría de los casos, se trata de una mano de obra no remunerada, cuyo trabajo permite que la familia sea más próspera. Así ocurre con las campesinas que trabajan a las órdenes del padre, el marido o el hermano, o con las trabajadoras de las fábricas muy solicitadas en momentos en que escaseaba la mano de obra masculina, como durante las guerras o en las primeras etapas de la industrialización -o, simplemente, cuando el empresario capitalista o el Estado han querido aumentar sus beneficios reduciendo los salarios-. Con mucha frecuencia, especialmente en los llamados países en vías de desarrollo, la familia también utiliza a los

niños para trabajar y aumentar sus ingresos. En el campo, hacen determinadas labores, como recoger la cosecha o luchar contra las plagas, y, en las ciudades, colaboran en algún taller o comercio. En cualquier caso, la mujer y el niño, tanto en la casa como en el trabajo, están bajo la autoridad absoluta del hombre.

Las mujeres árabes entraron por primera vez a trabajar en las fábricas tras la Primera Guerra Mundial, cuando descendió alarmantemente la mano de obra masculina. En los países árabes, como en tantos otros, los empresarios se vieron obligados a contratar mano de obra femenina para asegurar el funcionamiento de las fábricas. Un factor que acrecentó la necesidad de mano de obra femenina fue la escasez de bienes importados, que tuvieron que sustituirse por artículos manufacturados locales. Esto produjo en muchos países un cierto desarrollo industrial y, en consecuencia, el aumento de la demanda de mano de obra.

Naturalmente, las primeras que aprovecharon la ocasión de trabajar fueron las mujeres de los sectores más pobres y necesitados de la población. Cuando se es pobre y se tiene que luchar diariamente para conseguir el pan, nadie puede permitirse el lujo de cumplir con las tradiciones y costumbres sociales. Con el estómago vacío, poco importan los valores tradicionales. Un trabajador, o un campesino, pobre, antes de comprarle un velo a su mujer o a su hija para que se tapen el rostro, se preocupa por conseguir una barra de pan con la que alimentarse. Presionado por la pobreza, mandará a su mujer, a su hija o a su hermana a trabajar de sirvienta en una casa en la que quizá haya muchos hombres, o a una fábrica donde también pasará muchas horas en su compañía. En estas circunstancias, no va a tener en cuenta las tradiciones y valores morales que impiden que los sexos se mezclen libremente.

Sólo las mujeres de clase media o alta llevan velo y están confinadas en sus casas, porque sus familias no tienen la imperiosa necesidad económica de mandarlas a trabajar fuera.

En los países árabes, la gran mayoría de la población es pobre. Los señores feudales, los capitalistas y los Estados, que defienden sus intereses, se han aprovechado de la situación de los más necesitados para ofrecerles los trabajos más duros a cambio de un salario muy bajo. Las mujeres y los niños sufren las peores condiciones de trabajo, obtienen los peores sueldos y hacen los trabajos más inhumanos. El marido, tras un día de trabajo, vuelve a su casa y descansa, mientras que la mujer trabajadora no puede porque tiene que atender a su marido e hijos. Vive atrapada entre el trabajo y los deberes domésticos. En el trabajo, la amenazan con el despido si se queda embarazada, y en su casa, tiene que cuidar de su familia. Si en algún momento el marido considera que está desatendiendo sus deberes domésticos, podrá pedir el divorcio.

En Egipto, el primer censo de mujeres trabajadoras asalariadas se hizo en 1914. Sólo eran 20.000, es decir, el 5% del total de trabajadores. En aquellos momentos, muchas mujeres de familias pobres buscaban trabajo en las fábricas de algodón. La jornada laboral superaba las catorce horas, y el salario diario rondaba las tres piastras, aunque a veces caía hasta los dieciocho milíes<sup>7</sup>. Sin embargo, muchas aceptaban trabajar en esas condiciones porque eran preferibles estas pocas piastras a sufrir el hambre que amenazaba a las familias. No existían leyes laborales que obligaran al cumplimiento de ciertos mínimos de salubridad y seguridad. Trabajaban siempre en las peores secciones, porque desde un punto de vista social valían menos que los hombres. Además, no protestaban ni luchaban por conseguir mejoras laborales, acostumbradas como estaban a aceptar la humillación y el desprecio. Como resultado de esta situación laboral inhumana, de las largas jornadas de trabajo, del cansancio y de una alimentación insuficiente, ninguna mujer podía soportar el ritmo de trabajo de una fábrica durante más de cuatro o cinco años; después de este periodo, ya no servía para nada. El dueño de la fábrica prescindía de ella, igual que se desprendería de la pieza de una máquina, la despedía, y otra mujer más joven, de las muchas que esperaban ansiosamente a las puertas de la fábrica, ocuparía inmediatamente su lugar.

Estas mujeres humildes y desgraciadas, agotadas psíquica y físicamente por su trabajo fuera y dentro del hogar, fueron las primeras que se rebelaron en el Egipto del siglo XX, las primeras que hicieron huelgas y ocuparon los locales de las fábricas, las primeras en manifestarse por las calles pidiendo que se respetara su dignidad humana, que se redujera la jornada laboral, y que se promulgaran leyes que regularan los permisos por embarazo y maternidad. Hasta entonces, las mujeres no tenían permiso para dar a luz, de manera que cualquier trabajadora que pariera tenía que volver apresuradamente a su trabajo al día siguiente so pena de perderlo. A veces, no revelaban que estaban casadas, porque el patrón podía despedirlas si se enteraba. Cuando buscaban empleo, decían que estaban solteras. Si una mujer se quedaba embarazada, lo ocultaba como si de un crimen o de un hijo ilegítimo se tratara. En muchos casos, intentaba practicarse un aborto rudimentario, introduciéndose, por ejemplo, una caña de un vegetal llamado *mulujja* hasta el cuello del útero, y a menudo moría a causa de la hemorragia o de una infección posterior.

Durante el mismo periodo de tiempo, las mujeres de las clases altas habían iniciado la creación de las bases de una organización de mujeres que vería la luz en 1923. Sin embargo, por su situación social y económica, y porque no tenían ningún contacto con las clases más pobres, no sabían absolutamente nada de las condiciones de vida de las mujeres trabajadoras ni de la explotación inhumana de la

que eran objeto. Una de las manifestaciones organizadas por las mujeres trabajadoras terminó con una concentración en los locales de la recién creada Federación de Mujeres, donde las líderes aristócratas que estaban al cargo de las actividades de la organización no prestaron ninguna atención a las quejas de estas mujeres humildes. Las actividades de la Federación de Mujeres se concentraban, por ejemplo, en luchar por la abolición del velo, algo que sin duda no preocupaba a las manifestantes ya que, en cualquier caso, ni las obreras de las fábricas ni las campesinas llevaban velo.

Las obreras y las campesinas participaron activa y eficazmente en la revolución nacionalista de 1919. Junto a los hombres, salieron a cortar las carreteras comarcales, los cables del teléfono y las líneas de ferrocarril para paralizar los movimientos de las tropas británicas. Algunas participaron en asaltos a cuarteles y a prisiones, en las que estaban encarcelados muchos cabecillas y seguidores de los levantamientos. En sus intentos por sofocar las revueltas, las tropas británicas mataron también a muchas mujeres.

Las mártires de la revolución nacional de 1919 salieron de las filas de estas trabajadoras y campesinas. Algunas de ellas son conocidas, como Shafika Muhammed, que fue asesinada por los británicos el 14 de marzo de 1919; Hamida Jalil, de Kafr al-Zagari Yamalia<sup>8</sup>, Sayyeda Hassan, Fahima Riad y Aixa Omar. Pero muchas otras mujeres humildes perdieron sus vidas en el anonimato.

A pesar de que los obreros industriales y los campesinos desempeñaron un papel fundamental en el levantamiento nacional de 1919, los historiadores, al estudiar esta etapa de la historia de Egipto, destacan la labor de los líderes políticos de las clases altas. La misma suerte han corrido las masas de mujeres humildes; mientras ellas se volcaron en la lucha nacional y perdieron sus vidas, los elogios se los llevaron las mujeres aristócratas.

Las clases más humildes no ganaron demasiado con la revolución de 1919. Fueron carne de cañón que cayó en los enfrentamientos. El fruto de sus sacrificios, y los beneficios de su lucha revolucionaria, al igual que había ocurrido con el reconocimiento social, fueron a parar a las clases altas.

Lo que pasó durante el levantamiento contra los británicos se repitió en el seno del movimiento de emancipación de la mujer. El movimiento no representaba a la inmensa mayoría de las trabajadoras, y sus dirigentes, como ocurrió con los líderes políticos, terminaron aliándose con los británicos, la Corona y las fuerzas reaccionarias del país. El movimiento de las mujeres, por tanto, se convirtió en un instrumento al servicio de los intereses de la Corona y de los partidos reaccionarios. Se alejó del compromiso con la vida nacional y política del país, y se limitó a realizar actividades caritativas y de asistencia social.<sup>9</sup>

En 1923, como ya he mencionado, Hoda Shaarawi fundó la Federación de Mujeres. En 1924 esta organización consiguió que la edad mínima requerida para contraer matrimonio se elevara, en el caso de las niñas, a 16 años, pero, a pesar de los esfuerzos de Hoda Shaarawi y Cesa Nabarawi, fracasó en su intento de cambiar las leyes sobre el matrimonio, el divorcio, etcétera, y no consiguió que las mujeres tuvieran derecho al voto. Aunque han pasado ya cincuenta y tres años desde el nacimiento de la Federación de Mujeres, en todo este tiempo apenas se ha conseguido nada, puesto que no cuenta con el respaldo y el compromiso activo de la gran mayoría de las mujeres. Las actuales leyes egipcias sobre el matrimonio permiten que un hombre se divorcie de su mujer cuando quiera y que se case con varias mujeres a la vez. No obstante, algunos países árabes más adelantados ya han promulgado leyes que se corresponden con la nueva situación y los cambios experimentados por las mujeres árabes. Las mujeres egipcias no tuvieron derecho al voto hasta la constitución de 1956, promulgada bajo el régimen de Nasser. Esta conquista se obtuvo tras la victoria sobre las fuerzas invasoras británicas, francesas e israelíes, además de la nacionalización del capital extranjero y de una serie de mejoras sociales para las clases no privilegiadas.

No sólo las egipcias participaron activamente a la lucha contra el imperialismo extranjero y la opresión interna, en todo el mundo árabe numerosas mujeres combatieron junto a sus compañeros en las luchas de liberación nacional y en pro de la justicia social. En 1914, muchas sirias formaron parte de las sociedades secretas que se oponían al intento de cambiar la administración y la vida del país siguiendo el modelo turco. En 1919, Damasco fue testigo de la primera manifestación de mujeres contra la ocupación francesa, que fue violentamente reprimida. En 1925, participaron en el levantamiento revolucionario del pueblo sirio. Las mujeres palestinas han tomado las armas junto con sus compañeras para fortalecer la resistencia popular contra la ocupación israelí de los territorios árabes.

En Iraq las mujeres desempeñaron un papel muy importante en la resistencia contra el imperialismo y las fuerzas reaccionarias que apoyaban a la familia real, y trabajaron con entusiasmo para acelerar las transformaciones del país y de la sociedad. En la actualidad, las mujeres iraquíes disfrutan de los mismos derechos políticos que los hombres, y en el gobierno del país siempre hay una mujer.

En otros países como Jordania, a pesar de la falta de libertades democráticas y de las restricciones impuestas a toda actividad política, las mujeres se han organizado para luchar por la mejora de su situación económica, política o social. Miles de jordanas han participado en numerosas manifestaciones y se han enfrentado con valor a la policía y a las fuerzas armadas en defensa de los prisioneros polí-

ticos, encarcelados por el régimen del rey Husein, y de los guerrilleros palestinos, arrestados por la policía y otras fuerzas del orden.

Las mujeres sudanesas pueden estar orgullosas de su larga tradición de lucha. Constituyeron una fuerza importante dentro del movimiento sudanés de liberación nacional que luchó contra los británicos y crearon una federación poderosa que caló profundamente en los medios urbanos y rurales. Esta federación siempre defendió posturas muy progresistas, en relación con temas cruciales para el futuro de Sudán y el de sus mujeres. Muchas sudanesas dieron la vida por su pueblo y por la emancipación de sus hermanas. Fatima Ibrahim permanecerá siempre en el recuerdo de todos.

En 1943, las mujeres libanesas organizaron enormes manifestaciones en las calles de Beirut y otras ciudades en protesta por el arresto de líderes políticos del país por parte de las autoridades francesas. Las mujeres argelinas, sin distinción de clases, lucharon contra la ocupación francesa. La tierra que vio morir a un millón de mártires fue el lugar también donde cientos de mujeres demostraron su heroísmo bajo el dolor y la humillación de unas torturas salvajes, inhumanas y sofisticadas, que hasta entonces sólo se habían conocido en los países bajo ocupación nazi y en Vietnam del Sur. Yamila Abu Heraid y Yamila Abu Azza son sólo dos ejemplos.

Las mujeres palestinas han demostrado el mismo espíritu combativo que sus hermanas argelinas. Las miserias de este pueblo, privado de un hogar y una patria durante los últimos treinta años, que soportó una increíble opresión e injusticia a manos de los británicos antes de perder su tierra, han engendrado generaciones de hombres y mujeres endurecidos por el sacrificio y la resistencia. ¡Cuántas veces las mujeres palestinas han hecho suya la defensa de una Palestina árabe, y se han infiltrado, formando parte de comandos armados, en los territorios ocupados por Israel al abrigo de la noche! Han organizado la resistencia clandestina contra las autoridades militares y administrativas, han apoyado masivamente la desobediencia civil y han participado en las manifestaciones convocadas en Jerusalén, Nablus, Rafah, Al-Jalil y Bissam.

Cada día que pasa más mujeres se presentan voluntarias para alistarse en el Ejército de Liberación de Palestina, para entrar en las fuerzas armadas o para trabajar en los servicios médicos y sociales auxiliares. Lo han perdido todo, ¿a qué pueden tener miedo? La lista de mujeres caídas en la lucha podría llenar un capítulo entero de este libro, pero citaremos sólo a las más conocidas: Layla Jalid, Fatima Bernawi, Amina Dahbur, Shadia Abu Gazala. Y aún hay muchas otras, cuyas heroicas historias algún día escucharán y admirarán las futuras generaciones de mujeres.

En todo el mundo árabe, las mujeres han sabido protestar, luchar y resistir: en la República Democrática de Yemen y en Somalia,

donde disfrutan de los mismos derechos que los hombres y trabajan con ellos por una sociedad nueva, sin opresión ni explotación; en Kuwait, Libia, Túnez y Marruecos, donde han combatido sin descanso por la justicia, la libertad y la paz. En algunos países árabes, las mujeres han conseguido nuevos derechos sociales y familiares, nuevas leyes que prohíben la poligamia, concediendo al hombre y a la mujer los mismos derechos en lo que se refiere al divorcio.

Las mujeres tienen derecho al voto en la mayoría de los países árabes, pero, a pesar de ello, muy pocas lo ejercen, participan en política o se presentan como candidatas a las elecciones. En Egipto, en las elecciones legislativas, el porcentaje de mujeres que acude a las urnas no suele superar el 0,53% del total de votos.

El tiempo ha demostrado que el hecho de que la mujer tenga derecho al voto y participe "activamente en la vida política" no mejora sustancialmente su posición social. Tanto si votan como si se abstienen, si logran entrar en el parlamento como si no, la situación de las mujeres más pobres de la sociedad no mejora. Siguen siendo víctimas de la explotación y la opresión, sirvientas de sus maridos y prisioneras de la pobreza. Incluso en los países donde existen fuertes organizaciones de mujeres que luchan por conseguir leyes nuevas, y movimientos en favor del cambio social, las posibilidades de progreso de las mujeres son bastante limitadas.

En ningún país del mundo se ha dado el caso de que, por tener los mismos derechos políticos que los hombres, las mujeres hayan mejorado su situación social. Ni los discursos sobre los derechos democráticos y la libertad de la mujer que pronunciamos en la radio, la televisión y las reuniones públicas, ni los artículos que escribamos sobre el tema, servirán para algo; mientras siga existiendo el sistema patriarcal -feudal o capitalista-, los votos de las mujeres se utilizarán contra los intereses de las mujeres, de la misma manera que los votos de los obreros y campesinos se usan normalmente contra sus intereses.

Tras la revolución egipcia de 1952 se consiguió que los obreros y campesinos ocuparan el 50% de los escaños de la Asamblea Nacional. Para las mujeres no se reservó ni uno solo. En teoría, pues, los obreros y campesinos disponen de la mitad del poder parlamentario, pero, en la práctica, los diputados electos nunca son representantes de las masas trabajadoras. Lo normal es que sean personas de clase alta que han ocupado unos escaños, a los que no tienen derecho, en nombre de los trabajadores y campesinos. Esta paradoja es posible gracias a miles de manipulaciones. La definición de "trabajador" o "campesino" es tan flexible y ambigua que permite que los que pertenecen a grupos sociales con ingresos muy altos se hagan pasar por representantes de los trabajadores o campesinos.

Si en la Asamblea Nacional hubiera algún número de escaños re-

servado a las mujeres, probablemente ocurriría lo mismo. Las elegidas serían mujeres de clase alta que apoyan el *status quo*, o quizá podría darse el caso de que algunos hombres se disfrazaran de mujeres para infiltrarse en su terreno.

Este tipo de medidas sólo puede dar sus frutos en el seno de una sociedad que cuente con organizaciones y partidos democráticos fuertes, y con movimientos populares a favor del cambio social. Los derechos legales y políticos de las mujeres sólo se tendrán en cuenta si están respaldados por amplios movimientos revolucionarios populares.

Aunque desde 1962 en Egipto hemos tenido una ministra y seis mujeres parlamentarias, la gran mayoría todavía vive sumida en la pobreza, la ignorancia, el analfabetismo, las enfermedades, y pasa muchas horas del día, y parte de la noche, trabajando fuera y dentro de la casa. Viven en unas condiciones inhumanas, víctimas de la dominación autocrática del padre, el marido, el hermano o cualquier otro varón de la familia. Incluso las mujeres con una educación superior o universitaria (una minoría, normalmente de clase media) todavía se tienen que someter a las antiguas tradiciones, a los caprichos de los hombres de su familia, y, ahora, soportan además una nueva carga, la de un trabajo de media jornada o jornada completa fuera de la casa.

Si las mujeres llegaran al poder dentro de la estructura de una sociedad de clases capitalista y de un sistema patriarcal, seguirían siendo víctimas de la explotación. Si una mujer sustituyera a Nixon, Ford o Carter en el cargo de presidente de Estados Unidos, en tanto en cuanto la estructura de la sociedad siguiera siendo la misma, el capitalismo impondría su sistema de explotación, sus objetivos expansionistas y su política agresiva, y las mujeres seguirían sometidas a los valores patriarcales. Cuando Golda Meir se convirtió en primera ministra de Israel, la situación de los hombres y las mujeres continuó siendo la misma, y la política israelí fue tan agresiva, imperialista y sionista como había sido antes. El que Bandaranaike fuera primera ministra de Ceylán o Indira Gandhi ocupara ese puesto en La India no sirvió para abolir el sistema patriarcal ni liberó a las mujeres de la explotación en la sociedad y en la casa.

En los países árabes, en Occidente y en el Lejano Oriente, la verdadera liberación de la mujer pasa por la total abolición de la sociedad de clases, de la explotación y del sistema patriarcal. En otras palabras, sólo podrá alcanzarse bajo un sistema socialista sin clases, en el que los sistemas, conceptos y leyes del sistema patriarcal se hayan erradicado por completo.

En ningún país del mundo se han producido estos cambios esenciales, ni dentro del mundo árabe ni siquiera en los países socialistas. En éstos últimos, a pesar de que la situación de la mujer ha cambiado radicalmente en muchos sentidos, todavía no se ha acabado por completo con la herencia del sistema patriarcal.



No obstante, el movimiento en favor de la liberación de la mujer es ya un fenómeno imparable en todo el mundo, y cada vez tiene más seguidores.

Quizá las conquistas más importantes de la revolución egipcia de 1952 fueron: establecer un límite máximo en la propiedad privada de la tierra, restringir drásticamente la propiedad y la explotación feudal de la tierra, y nacionalizar los bancos, compañías de seguros y grandes corporaciones. La Carta Nacional, promulgada el 21 de mayo de 1962, incluye un artículo muy importante y de extrema significación, no sólo para las mujeres, sino para toda la sociedad: "Es urgente abolir las últimas imposiciones y coacciones que limitan severamente la libertad de la mujer para que pueda participar con dinamismo y efectividad en la construcción de una nueva vida".

Desde que se inició la revolución, cada vez más mujeres acuden a las escuelas y universidades, y cada vez un número mayor de ellas ha comenzado a trabajar en sectores administrativos y de servicios. Sin embargo, la mayoría todavía no ha conseguido liberarse de las cadenas que la reprimen.

La situación es la misma en los países árabes que tienen un sistema político socialista, aunque las constituciones y las leyes subrayan la necesidad de suprimir todos los obstáculos que impiden a las mujeres la libre participación en la vida social y limitan sus oportunidades de empleo. Es el caso de Sudán, Iraq, Argelia, Somalia, Yemen del Sur y Siria. Una verdadera política socialista por parte de estos gobiernos hubiera requerido, además de una legislación económica para asegurar la justicia social, unas leyes nuevas que regularan las relaciones hombre-mujer, que abolieran el dominio de los primeros sobre éstas, aseguraran a las mujeres los mismos derechos económicos, sociales, morales y personales de los hombres y las liberaran de las faenas domésticas y la educación de los hijos.

En ninguno de estos países árabes se han dado estos pasos. Algunos se han limitado a restringir el derecho de los hombres al divorcio o su libertad para casarse con varias mujeres. Las leyes sobre el matrimonio, el divorcio, la filiación y la custodia de los hijos, y la herencia continúan favoreciendo el dominio del hombre en casi todos ellos.

Las mujeres árabes han conseguido ciertos derechos sociales y familiares, porque algunos dirigentes políticos y pensadores han sido lo suficientemente lúcidos como para darse cuenta de las nuevas necesidades económicas y sociales, y porque la concienciación de algunas mujeres, su nivel educativo y su participación laboral han crecido con el paso del tiempo. Pero estos cambios no han afectado a los millones y millones de mujeres humildes, trabajadoras y analfabetas, que continúan combinando su trabajo, arduo y agotador, con la carga del cuidado de su marido y sus numerosos hijos.

Se trata de millones y millones de mujeres que todavía deben obediencia a las leyes sobre el matrimonio y el divorcio, que siguen sometidas, dentro y fuera de la familia, a las imposiciones de unas tradiciones obsoletas y a una doble moral que sólo proscribe y castiga a las mujeres, y que las obliga a soportar unas relaciones matrimoniales inhumanas, la anarquía sexual y los caprichos del hombre. Millones de mujeres que siguen aguantando que su marido se case con otra mujer o mantenga relaciones con diversas amantes, que viven con la amenaza del divorcio pendiendo sobre sus cabezas, que sufren las consecuencias trágicas del culto a la virginidad, la castidad, el honor y la escisión, que temen quedarse embarazadas y sacar a sus hijos, legítimos o ilegítimos, adelante, que afrontan los problemas y riesgos de un aborto ilegal e, incluso, asumen en solitario el control de natalidad.

Los problemas de las árabes varían de una clase social a otra. Cuanto más humilde sea, peor será su situación. No obstante, todas ellas comparten una serie de problemas: los derivados del matrimonio y el divorcio. Desde el momento en que una mujer se casa, comienza a vivir bajo los imperativos de lo que se conoce como "ley consuetudinaria". Sin duda, esta ley todavía no ha recibido la atención que se merece por parte de los dirigentes políticos de Egipto. Siempre ha sido, y sigue siendo, competencia exclusiva de los funcionarios del ministerio de asuntos sociales o de algún grupo u organización de mujeres de clase alta. Las mujeres parlamentarias no suelen discutir sobre esta ley, porque no quieren que se las acuse de estrechez mental por concentrar toda su atención en los problemas femeninos, o no tienen el valor de enfrentarse a los poderes religiosos dogmáticos y reaccionarios de la sociedad. Los políticos, incluso los que se consideran socialistas, no se han tomado en serio el tema de la liberación de la mujer, o el replanteamiento de la ley consuetudinaria. En su opinión, las cuestiones sobre las relaciones hombre-mujer no tienen nada que ver con la "política de alto nivel" o con los "grandes temas de la sociedad". Pero en cambio, sí participan en mítines electorales, en discusiones triviales en el seno del grupo socialista o en el Parlamento y acuden gustosos a las recepciones y fiestas que se organizan por motivos políticos o diplomáticos.

Y, sin embargo, la "política de alto nivel" de un país y los "grandes temas de la sociedad" tampoco tienen nada que ver con las salas de reuniones, los pasillos y los salones por los que estos hombres y mujeres tienen tanta predilección. En realidad, los "grandes problemas de la sociedad" se concretan en los pequeños detalles cotidianos, que afectan a millones y millones de hombres y mujeres. Por ejemplo, se ha descubierto que muchos campesinos padecen bilharzia (sangre en la orina), que causa un descenso en su rendimiento que le supone al país unas pérdidas económicas equivalentes



al 50% de la renta nacional. Es necesario que todo trabajador pueda desayunar a base de queso y *ful* (judías con un alto contenido proteínico), para poder soportar el ritmo de las máquinas sin fatigarse. Hay que evitar que el campesino pegue a su mujer, pues si la deja liada no podrá ir a trabajar al campo, que a la trabajadora que utiliza el transporte público no se la moleste o asalte físicamente, que cualquier mujer se atreva a negarse a tener relaciones sexuales con su marido si está cansada o enferma, que un padre se interese más por sus hijos que por su amante.

Estos actos cotidianos aparentemente insignificantes y triviales (comer, orinar, tener relaciones sexuales, salir a trabajar cada mañana o coger el autobús o el tranvía) son los componentes de la vida de una sociedad, un sistema y, en fin, un Estado. Son los elementos, la materia prima de la "política de alto nivel", de los "grandes problemas", de las batallas importantes, y de los grandilocuentes discursos sobre el progreso y la civilización humanos. Los que se dedican a la política y se desprecupan de estos temas ni siquiera saben lo que la palabra "política" significa. Los campesinos no pueden trabajar ni producir con eficacia si sufren dolores y pierden sangre cada vez que van al retrete. Un trabajador o trabajadora no podrá producir eficazmente a menos que haya satisfecho sus necesidades sexuales. Una mujer casada no puede ser activa y participar en la vida de la sociedad si está reprimida sexual y emocionalmente. Dicho de otro modo, que los seres humanos en general no pueden trabajar, crear y producir si no se les permite pensar libremente sobre el sexo, experimentarlo y practicarlo con conocimiento y responsabilidad. La forma en la que la gente piensa, siente o actúa, siempre tiene repercusiones económicas, y por tanto, no se puede separar la vida sexual y emocional de la situación económica. Cualquier división será artificial y engendrará ideas incompletas, superficiales y distorsionadas. La historia de la especie humana no se ha ido construyendo sólo a base de actividades económicas, como algunos socialistas quieren creer, ni tampoco a base únicamente de instintos y relaciones sexuales, como los freudianos suelen afirmar, sino gracias a una combinación e interrelación equitativa de ambos aspectos.

Interesarse por la liberación de la mujer o por la legislación sobre el matrimonio y el divorcio no disminuirá el prestigio de los políticos socialistas. Por el contrario, uno de los criterios esenciales para reconocer a un verdadero socialista es su actitud hacia las mujeres y hacia la causa de su liberación. Cuanto más socialista sea una persona, cuanto más humana, mayor deberá ser su preocupación por la situación de la mujer.

Un cambio en las leyes no basta para conseguir una liberación real. Cualquier ley puede quedarse en papel mojado si no se realizan

los esfuerzos culturales, políticos y organizativos necesarios para cambiar radicalmente las instituciones y estructuras de la sociedad, y, en particular, para abolir el sistema patriarcal y las tradiciones y valores que ha mantenido.

## Notas

1. 'Abbas al-'Aqqad, Muhammad 'Abdu, *Tabat al-Tarbiah wa-l-ta'alim*, Egipto, p.299.
2. Salama Musa, *Muqadimat al-Superman*, (Introducción al Supermán), Tabat Salama Musa, El Cairo, p.29.
3. Maydi Nassef, *Athar Bahithat al-Badia*, Tabat El Mu'assassa al- misriya, p.35.
4. Ibrahim 'Abdu, *Tatawnur al-nahda al-nissa'iyya*, El Cairo, Al-Adab, 1945, p.12.
5. Taher al-Tahani, *Al-sa'at al-ajira* (Los últimos momentos), pp.111-2.
6. *Ibid.*
7. Según el actual cambio una piastra serían unos 1,3 centavos, 18 milímetros serían casi dos centavos.
8. Abdel Rahman al-Raf'i, *Fi Aakab al-sarwa al-masriya*, vol.I, El Cairo, Maktabat al-nahda al-masria, 1959, vol. I, p.211; Doria Shafik, 1955, p.119.
9. Mohammed Anis, al-Sayed Rayab Haraz, *Al-tatawwur al- siyasi li-l-muytama' al-masri al-hadith*, El Cairo, pp.190-1.